

LA CIUDAD AL DERECHO

Carlos Véjar Pérez-Rubio

En la actualidad, ¿quién no es un utopista?
Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*

El monorriel desciende silencioso del barrio proletario de Las Lomas (algún día conocido como *Chapultepec Heights*) y enfila por el Paseo de la Reforma. Una suave brisa sopla desde el mediodía –la horadada serranía del Ajusco– y despeja la atmósfera de la ciudad de México. El horizonte de cristal se desvanece en el límpido marco azul celeste, apenas rubricado por alguna nube pasajera. Al ingresar en el territorio fronterizo del Bosque de Chapultepec, luego de dejar atrás la Fuente de Petróleos, los rostros de obreros y estudiantes se aplastan contra las ventanillas para gozar mejor la escena. Es interesante la mezcla, el convivio de turistas de los hoteles Nikko y Presidente con los campesinos que celebran alguna asamblea en el Auditorio Nacional. Rubias espléndidas y atractivas morenas se pasean por las aceras y los prados del brazo de hombres prietos, con sombrero zapatista. La mezcla. El mestizaje. El sincretismo. México. Nuestra América.

En la estación Niños Héros de Chapultepec el Metro vomita multitudes que se dispersan de inmediato en todas direcciones. Allí, la avenida concebida por Maximiliano de Habsburgo en la sexta década del siglo XIX se vuelve de tres pisos, sabia solución urbanística que resolvió desde hace años un grave problema: abajo transita el lento y pausado transporte colectivo entre un enjambre de bicicletas y peatones; arriba, sin obstáculos, los veloces automóviles particulares; y en medio, el monorriel. Cafetines y asépticos puestos de fritangas comparten las terrazas jardinadas que se extienden a medios niveles bajo las estructuras de concreto del piso superior de la avenida. En torno de las fuentes que se desparraman hasta llegar a la glorieta de la Diana Cazadora, las parejas tejen sueños y romances. La diosa desnuda les lanza sus flechas con su sensualidad desbordada, esbozando una sonrisa. Es indiscutible que el espíritu ecológico de Moctezuma, aquel rey tlatoani de los aztecas que tanto amara estas riberas del gran lago, está presente.

La próxima parada. Emerge orgullosa de su glorieta hundida la Columna de la Independencia, aquella que

diseñara el genial arquitecto de la época porfirista, Antonio Rivas Mercado, para celebrar el primer centenario de esa gesta. Los héroes nos contemplan en silencio desde sus pedestales de granito. Alrededor, el bajo, bien proporcionado perfil de una serie de edificios de oficinas.

Lupita me comenta, con la mirada clavada en el paisaje urbano:

—¿Te acuerdas que alguna vez los especuladores del desarrollo urbano de la ciudad quisieron apoderarse de esta zona y edificar gigantescos edificios de cristal?

—Claro que me acuerdo. La ciudad vertical. Una grotesca imitación de los rascacielos yanquis. Edificios “inteligentes”, decían ellos, asesorados por arquitectos e ingenieros que tenían comprados, nacionales y extranjeros. El más alto de América Latina. La “Torre del Bicentenario”. Del posmoderno al tardomoderno. Medio moderno. ¡Uf! Había que ser “modernos” en ese tiempo de la dependencia. Estar a la moda.

—Estar a la moda... En realidad, nefastos intereses de burgueses coludidos, de aquí y de allá. El neoliberalismo, la globalización, las grandes fortunas... todo quedó grabado... y cancelado, afortunadamente.

—Rubén habló de la sombra que proyectaría el águila americana sobre la Columna de la Independencia si se edificaba aquel enorme edificio. ¿Te acuerdas? Su columna en *La Jornada*, en el internet y en las redes sociales dicen que era muy leída. Y contribuyó a echarles abajo el negocio a los emprendedores de las inmobiliarias.

—La gente respondió, la mayoría, afortunadamente. Esas movilizaciones masivas por estos mismos rumbos dieron resultado, según me contaba mi abuelo.

Interesantes son los monumentos, testimonio tangible de la historia de este pueblo. Ahí está ya la Columna de la Independencia, Cuauhtémoc y, poco más allá estuvo en su glorieta Cristóbal Colón, a quien un día de aquellos se le dio la despedida. Y al fin, donde el Paseo de la Reforma quiebra hacia Tlatelolco, aparece el mega caballo amarillo de Sebastián, usurpador moderno del espacio neoclásico



del Caballito de Tolsá, estatua que el escultor valenciano dedicó a Carlos IV. Pasa. Otros tiempos, otros gustos, otros signos. La memoria urbana.

Lupita sonrío, fascinada por el efecto de la escultura sobre la plaza.

Tlatelolco, enclave de la mexicanidad, es un vergel. Aquí, donde antaño se levantarán grises colmenas en las que deambulaban seres infrahumanos, es un placer contemplar a la gente que dialoga alegre por las ventanas de los edificios multicolores, sembrados entre un tupido bosque de ahuehuetes. No más de cuatro o cinco pisos tienen las construcciones y en ellas puede advertirse el contrapunto de los materiales y técnicas tradicionales de la región con los últimos avances de la tecnología, surgidos de los laboratorios de la UNAM, la UAM y el Politécnico. El diseño es sereno, bello y humano. Desde la Plaza de las Tres Culturas se ven a lo lejos los volcanes, el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl, a cuyos pies se extiende el manto acuático recuperado del lago de Texcoco, que surcan veleros y botes de motor. Alguna vez esos mismos dueños del dinero iniciaron en ese sitio la construcción de un mega aeropuerto, que el pueblo echó abajo después de una consulta tormentosa. En el monumento a los estudiantes caídos en esta plaza durante la masacre del Movimiento Estudiantil del 68 se desparrraman las flores, como aquellas que engalanarían la casa de Pablo Neruda en el Madrid de 1936, sitiado por las tropas fascistas de la falange española.

El monorriel avanza raudo y silencioso hacia el norte de la ciudad. Nos aproximamos a la zona industrial de poético

nombre peruano, Vallejo, modelo no sólo de la capital y del país, sino del mundo entero. Siempre es cautivante advertir las relucientes chimeneas de las fábricas y las cooperativas, hoy convertidas en elevados macetones de los que cuelgan infinitas enredaderas. Pero más impresionante todavía es el sonido de la música ambiental de procedencia desconocida, que envuelve las democráticas calles y avenidas del rumbo. Porque lo fundamental en esta ciudad de México de fines del siglo XXI, lo que puso fin a la contaminación ambiental y el tráfico desordenado, a la violencia de género y el desencanto, a los feminicidios y la drogadicción, a los tugurios y las vecindades, al desempleo, la pobreza y la desigualdad social, precisémoslo, es eso: la democracia urbana, la participación popular, la solidaridad, generosidad y buena onda, lo que implica ciertamente mayor disciplina y organización que la cómoda autocracia, pero es, a no dudar, mucho más humana, justa y eficaz.

El rostro sonriente de mi Lupita, cuando bajamos abrazados de la oruga mecánica para dirigirnos a la fábrica, me lo demuestra con creces. ☺

Carlos Véjar Pérez-Rubio (Ciudad de México, 1943). Arquitecto mexicano, escritor, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Fue investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Sus más recientes libros son *La espiral del sincretismo. En busca de una identidad para nuestra arquitectura* (UNAM, UAM-X, UIA, UACJ, CUT, UCSG-ECUADOR, Germika, 2007), *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta* (Conaculta, CIALC-UNAM, 2014) y *Amanecer en las islas. Rutas y retos de la integración de Nuestra América* (CIALC-UNAM, 2015). Es Director General de *ArchiPIÉLAGO. Revista Cultural de Nuestra América*.